



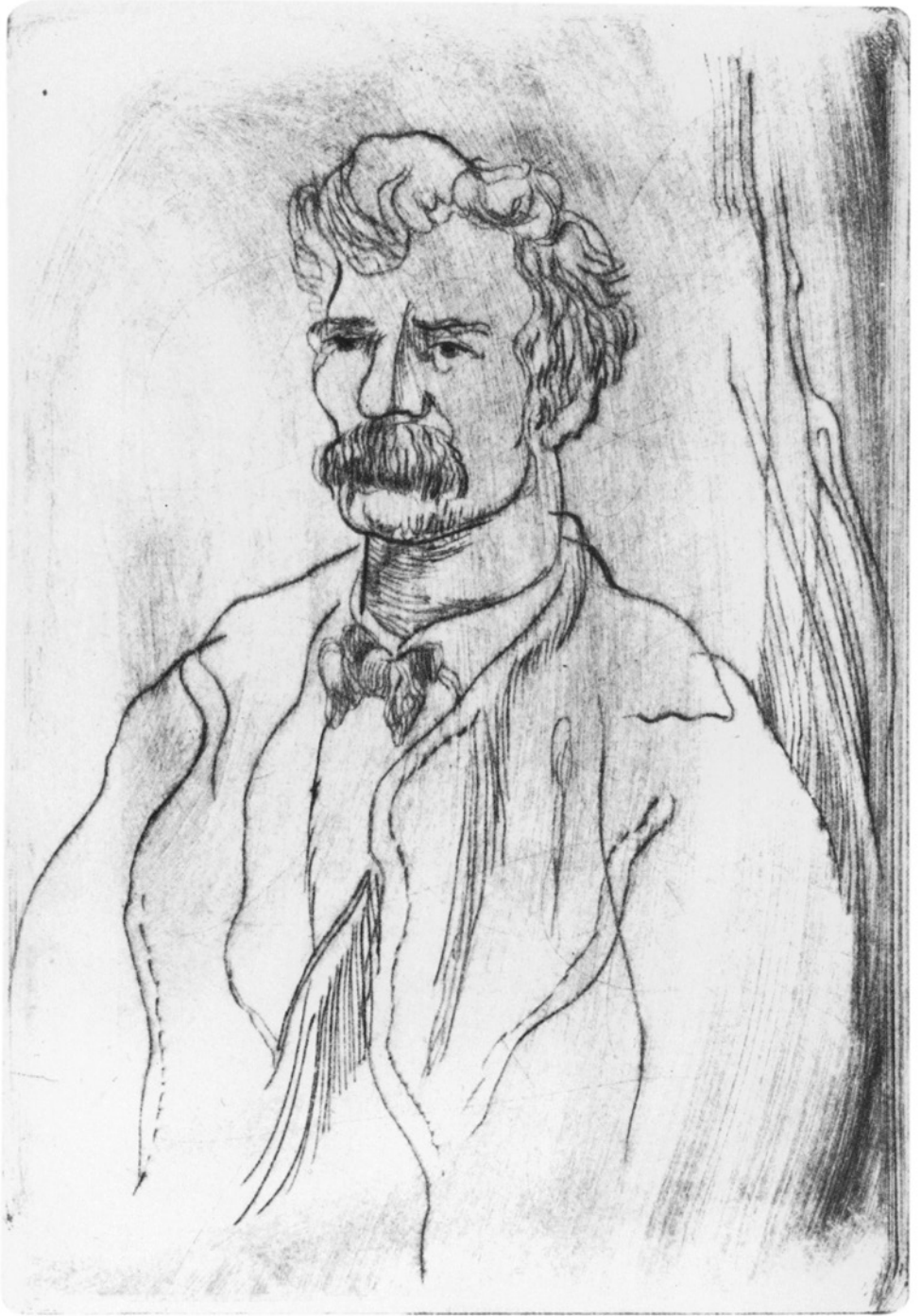
Las aventuras de Tom Sawyer

Mark Twain

Ilustraciones:
True W. Williams



Las aventuras de Tom Sawyer



MARK TWAIN [SAMUEL LANGHORNE CLEMENS] (1835-1910)

Las aventuras de Tom Sawyer

Mark Twain

Traducción:
Doris Rolfe

Apéndice y notas:
María Isabel Villarino

Ilustración:
True Williams



Edición facsímil de la publicada
por Ediciones Generales Anaya en 1984

La presente obra es traducción directa e íntegra del original inglés de The Adventures of Tom Sawyer, según el texto establecido por «The Iowa Center for Textual Studies», University of California Press, Berkeley, Los Angeles, London, 1980, bajo la dirección de Paul Baender. Las ilustraciones, originales de True Williams, acompañaron el texto de la primera edición americana de 1876.

Cubierta: José María Ponce
Grabado del autor: Justo Barboza

Título original:
The adventures of Tom Sawyer, Londres, 1876

1.^a edición, octubre 2016

© Grupo Anaya, S. A., 2016
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-698-2748-2
Depósito legal: M-19764-2016
Impreso en España - Printed in Spain

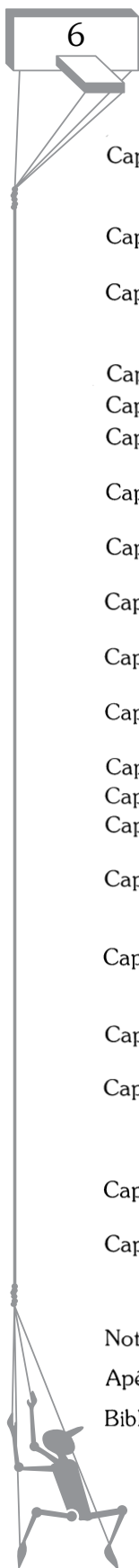
Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Índice

	<i>Prefacio</i>	7
Cap. I.	<i>¡Tom! - Tía Polly reflexiona sobre el cumplimiento de su deber - Tom hace ejercicios de música - El desafío - Regreso clandestino.</i>	9
Cap. II.	<i>Tentaciones irresistibles - Movimientos estratégicos - Inocentes engañados</i>	18
Cap. III.	<i>El general Tom - Triunfo y recompensa - Lúgubre satisfacción - Intervención y omisión</i>	25
Cap. IV.	<i>Acrobacia mental - La escuela dominical - El Superintendente - Todo el mundo «se da pisto» - Tom es una celebridad</i>	34
Cap. V.	<i>Un pastor de gran valía - En la iglesia - Punto álgido</i>	45
Cap. VI.	<i>Auto-examen - El diente - Hechizo a medianoche - Brujas y demonios - Tímidas tentativas - Horas felices</i>	52
Cap. VII.	<i>Se establece un acuerdo - Las primeras lecciones - Tom comete un error</i>	65
Cap. VIII.	<i>Tom resuelve su futuro - Los héroes de antaño se reencarnan</i>	71
Cap. IX.	<i>Una situación extraordinaria - Aparecen los tipos de la tumba - Joe el Indio aclara la situación.</i>	78
Cap. X.	<i>Solemne juramento - El terror produce arrepentimiento - Castigo mental</i>	86
Cap. XI.	<i>Muff Potter se entrega - La conciencia de Tom entra en acción</i>	94
Cap. XII.	<i>Tom hace un alarde de generosidad - Tía Polly flaquea</i> . .	100
Cap. XIII.	<i>Los jóvenes piratas - Punto de encuentro - Conversaciones alrededor de la hoguera</i>	106
Cap. XIV.	<i>La vida de campamento - Gran conmoción - Tom desaparece del campamento</i>	114
Cap. XV.	<i>Tom hace algunas pesquisas - Se entera de la situación - Regresa al campamento.</i>	122



Cap. XVI.	<i>Las diversiones de todo un día - Tom revela un secreto - Los piratas aprenden una lección - Sorpresa nocturna - Guerra de indios</i>	128
Cap. XVII.	<i>Recordando a los héroes desaparecidos - Objetivo del secreto de Tom</i>	139
Cap. XVIII.	<i>Tía Polly investiga los sentimientos de Tom - Un sueño maravilloso - Becky Thatcher se eclipsa - Tom está celoso - Negra venganza</i>	143
Cap. XIX.	<i>Tom confiesa la verdad</i>	154
Cap. XX.	<i>El dilema de Becky - Prevalece el noble carácter de Tom</i>	157
Cap. XXI.	<i>Elocuencia juvenil - Las composiciones de las señoritas - Una extensísima visión - La venganza de los chicos</i>	164
Cap. XXII.	<i>Esperanzas frustradas - Tom espera una advertencia del cielo</i>	172
Cap. XXIII.	<i>Los amigos del viejo Muff - Muff Potter en el palacio de justicia - La salvación de Muff Potter</i>	177
Cap. XXIV.	<i>Tom es el héroe del pueblo - Días de gloria y noches de terror - Tras la pista de Joe el Indio</i>	185
Cap. XXV.	<i>Reyes y diamantes - En busca del tesoro - Muertos y fantasmas</i>	187
Cap. XXVI.	<i>La casa encantada - Los fantasmas tienen sueño - Un cajón de oro - Mala suerte</i>	195
Cap. XXVII.	<i>Se aclaran las dudas - Los jóvenes detectives</i>	204
Cap. XXVIII.	<i>Una gestión en el número 2 - Huck monta guardia</i>	208
Cap. XXIX.	<i>La excursión - Huck tras la pista de Joe el Indio - El asunto de la «venganza» - Huck pide ayuda para la viuda</i>	213
Cap. XXX.	<i>El relato del galés - Huck está en un aprieto - Se propaga la noticia - Otra conmoción - La esperanza deja paso a la desesperación</i>	222
Cap. XXXI.	<i>Ansias de exploración - Comienzan las dificultades - Perdidos en la cueva - Oscuridad absoluta - Un hallazgo que no es la salvación</i>	232
Cap. XXXII.	<i>Tom relata su aventura - El enemigo de Tom está a buen recaudo</i>	243
Cap. XXXIII.	<i>El triste sino de Joe el Indio - Huck y Tom intercambian impresiones - Expedición a la cueva - A salvo de los fantasmas - Un escondite muy resguardado - Recepción en casa de la viuda Douglas</i>	248
Cap. XXXIV.	<i>Sid destripa un secreto - Fracasa la sorpresa del señor Jones</i>	260
Cap. XXXV.	<i>¡Menuda revolución! - El pobre de Huck - Los chicos proyectan nuevas aventuras</i>	264
	<i>Conclusión</i>	270
Notas		271
Apéndice		275
Bibliografía		286



Prefacio

La mayor parte de las aventuras relatadas en este libro ocurrieron en la realidad; una o dos fueron experiencias mías y las demás de muchachos que eran mis compañeros de escuela. Huck Finn¹ está sacado de la vida real; Tom Sawyer también, aunque no de un solo individuo; es un conjunto de las características de tres muchachos que conocí, y por eso puede decirse que pertenece al orden compuesto de la arquitectura.

Las extrañas supersticiones mencionadas en el relato prevalecían entre los niños y los esclavos en el Oeste durante el período en que transcurre esta historia, es decir, hace treinta o cuarenta años.

Aunque mi libro es principalmente para el entretenimiento de muchachos, espero que no por eso sea desdeñado por los mayores, ya que una de mis intenciones ha sido recordar a los adultos con agrado lo que ellos mismos fueron en otro tiempo, y cómo sentían y pensaban y hablaban, y en qué raras empresas se metían a veces.

El Autor

Hartford, 1876





TOM SAWYER.

CHAPTER I.

"TOM!"



No hubo respuesta.

—¡TOM!

No hubo respuesta.

—¿Qué le habrá pasado a ese muchacho? ¡Eh tú, TOM!

No hubo respuesta.

La vieja señora se bajó las gafas y miró por encima de ellas alrededor del cuarto; luego se las subió y miró hacia fuera por debajo de las mismas. Raras veces o casi nunca miraba *a través de ellas* para buscar una cosa tan pequeña como un muchacho; eran sus anteojos de ceremonia, el or-

gullo de su corazón, y su finalidad estribaba en «dar tono» y no en ser útiles... Hubiera podido ver igual de bien a través de un par de arandelas del fogón. Se quedó perpleja un momento y luego dijo, no irritada, pero sí lo bastante alto como para que la oyeran los muebles:

—Bueno, como te agarre, te juro que voy...

No terminó la frase, porque ya estaba agachada, hurgando con la escoba por debajo de la cama, y por lo tanto necesitaba el aliento para acentuar los escobazos. Pero el único que dio señales de vida fue el gato.



—¡Jamás he visto cosa semejante a este muchacho!

Se acercó a la puerta abierta y allí se quedó mirando hacia los tomates y los chamicos¹ que constituían la huerta. Tom seguía sin aparecer. De modo que dirigió la voz según un ángulo calculado para larga distancia, y gritó:

—¡Eh, Tom!

Oyó un leve ruido a su espalda y se volvió justo a tiempo de agarrar a un chiquillo por los bajos de la chaqueta y frenarlo en seco.

—¡Ya! Cómo no se me ocurrió que estarías en esa despensa. ¿Qué hacías ahí dentro?

—Nada.

—¡Nada! Mira esas manos. Y mira esa boca. ¿Qué es esa porquería?

—No lo sé, tía.

—Pues yo sí lo sé. Es mermelada... eso es lo que es. Mil veces te he dicho que si no dejas en paz la mermelada te voy a despellejar. Dame esa vara.

La vara se agitaba en el aire... el peligro era extremo...

—¡Huy! ¡Mira detrás de ti, tía!

La anciana señora se dio la vuelta, recogiendo las faldas para esquivar el peligro, y el niño huyó al instante, cruzó de un salto la alta valla de madera y desapareció del otro lado. Su tía Polly se quedó sorprendida un momento y luego se echó a reír bondadosamente.

—Demonio de chico, ¿no acabaré de aprender nunca? ¡Con la de faenas de ésas que me ha hecho y aún no estoy prevenida! Pero no hay peor tonto que un tonto viejo. El loro viejo no aprende a hablar, ya lo dice el refrán. Pero, por vida mía, nunca me hace la misma jugada dos días seguidos, y ¿cómo va a saber una lo que la espera? Al parecer sabe exactamente hasta dónde puede achucharme sin que me enfade de veras, y sabe que si puede distraerme un momento o hacerme reír se me pasa el enfado y no



puedo pegarle ni una vez. No cumplo con mi deber con ese niño, y lo que digo, Dios lo sabe, es la pura verdad. El que ahorra la vara, malcría al niño, como dice la Biblia². Estoy almacenando pecado y sufrimiento para los dos. Lo sé. Tiene el diablo metido en el cuerpo pero, ¡Dios mío!, es el hijo de mi propia hermana muerta, pobrecito, y no tengo valor para pegarle. Cada vez que le dejo escapar, me remuerde la conciencia y cada vez que le pego casi se me parte este viejo corazón. Bueno, bueno, el hombre nacido de mujer es corto de días y harto de inquietudes, como dicen las Escrituras³, y creo que así es. Ese muchacho hará novillos esta tarde, y me veré obligada a hacerle trabajar mañana como castigo. Es muy duro mandarle trabajar los sábados cuando todos los muchachos están de vacaciones, pero él odia el trabajo más que cualquier otra cosa, y tengo que cumplir con mi deber, o si no acabaré por echarlo a perder.

Desde luego Tom hizo novillos, y lo pasó muy bien. Regresó a casa apenas a tiempo de ayudar a Jim, el pequeño muchacho negro, a serrar la leña para el día siguiente y a partir unas astillas antes de la cena... Por lo menos llegó a tiempo de contarle a Jim sus aventuras mientras Jim hacía las tres cuartas partes del trabajo. Sid, el hermano (o mejor dicho el hermanastro) menor de Tom, ya había terminado su parte del trabajo (que consistía en recoger astillas), porque era un muchacho tranquilo y poco dado a las aventuras y a meterse en líos.

Mientras Tom cenaba y robaba azúcar cuando se le presentaba la ocasión, la tía Polly le hacía astutas preguntas con segundas... porque quería atraparle y obligarle a hacer revelaciones perjudiciales. Como muchas otras almas cándidas tenía la vanidad especial de creerse dotada de talento para la diplomacia oscura y misteriosa, y en su imaginación gustaba de convertir sus más transparentes ardides en maravillas de astucia insidiosa. Le dijo:



—Tom, hacía bastante calor en la escuela, ¿verdad?

—Sí, señora.

—Mucho calor, ¿no?

—Sí, señora.

—¿Y no tenías ganas de irte al río a nadar, Tom?

A Tom le recorrió un escalofrío de susto... un toque de desagradable sospecha. Escudriñó la cara de la tía Polly, pero no descubrió nada. Así que dijo:

—No, señora, no tenía muchas ganas.

La vieja extendió la mano, tocó la camisa de Tom, y dijo:

—Pues ahora no tienes demasiado calor.

Y le complació comprobar que había descubierto que la camisa estaba seca sin que nadie supiera cuáles eran sus intenciones. Pero a pesar de sus esfuerzos, Tom se había dado cuenta de qué lado soplaban el viento. Así que se adelantó a lo que pudiera ser su próxima jugada:

—Algunos chicos nos echamos agua de la bomba por la cabeza... La mía aún sigue mojada, ¿ves?

A la tía Polly le fastidió darse cuenta de que se le había pasado aquel detalle de las pruebas circunstanciales y había perdido una baza. Luego tuvo otra idea brillante:

—Tom, no tuviste que descoser el cuello de tu camisa de donde yo lo había cosido para echarte agua por la cabeza, ¿verdad? Anda, idesabróchate la chaqueta!

La preocupación se borró de la cara de Tom. Abrió la chaqueta. El cuello de la camisa seguía firmemente cosido.

—¡Bah! Vete ya de aquí. Estaba segura de que habías hecho novillos y habías ido a nadar. Pero te perdono, Tom. Como dice el refrán, ya veo que eres como el gato escaldado... De todas formas no te has portado tan mal. Por lo menos *esta vez*.

Lamentaba a medias que su astucia hubiera fallado, y a medias se alegraba de que Tom hubiera sido obediente por una vez.

Pero Sidney dijo:

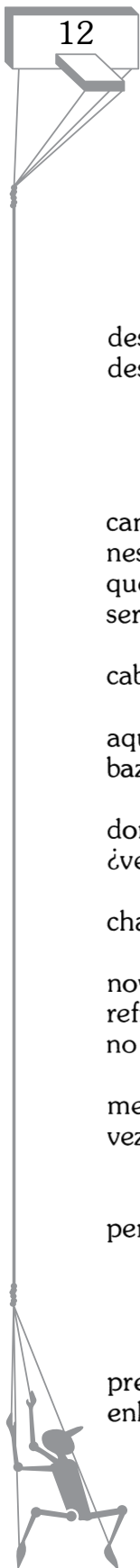
—Pues yo creía que habías cosido su cuello con hilo blanco, pero ya veo que es negro.

—¡Pues sí que lo cosí con hilo blanco! ¡Tom!

Pero Tom no quiso oír más. Al salir por la puerta dijo:

—Siddy, me las pagarás.

Ya en un lugar seguro, Tom examinó dos agujas grandes prendidas en las solapas de su chaqueta; una aguja estaba enhebrada con hilo blanco y la otra con negro. Dijo:



—Ella nunca lo habría notado a no ser por Sid. ¡...dito sea! A veces lo cose con blanco y a veces con negro. Ojalá se decidiera por uno o por otro... yo no puedo estar al tanto. Pero juro que le sacudiré bien a Sid por lo que ha hecho. ¡Yo le enseñaré!

Tom no era el chico modelo de la aldea. Sin embargo, conocía muy bien al chico modelo... y lo detestaba.

Al cabo de dos minutos, o incluso antes, había olvidado todas sus dificultades. No porque sus dificultades fueran ni una pizca menos pesadas y amargas para él que las de un hombre son para ese hombre, sino porque un interés nuevo y acuciante las venció y las desterró de su mente durante un rato... igual que las desgracias de los hombres se olvidan ante la emoción de nuevas empresas. Este nuevo interés era una manera de silbar, nueva y muy apreciada, que acababa de aprender de un negro, y que iba dispuesto a practicar sin que lo molestaran. Consistía en un raro trino de pájaro, una especie de gorjeo líquido, producido al tocar el paladar con la lengua a intervalos cortos en medio de la música: el lector seguramente recuerda cómo se hace si ha sido niño alguna vez. A fuerza de práctica y atención, pronto aprendió el truco para hacerlo, y siguió orgulloso calle abajo, con la boca llena de armonía y el alma llena de gratitud. Sentía lo que siente un astrónomo que ha descubierto un nuevo planeta... pero, sin duda, en cuanto a placer fuerte, profundo y puro, el muchacho tenía ventaja sobre el astrónomo.

Las tardes del verano eran largas. Todavía no había oscurecido. Al rato, Tom dejó de silbar. Un forastero se encontraba delante de él, un muchacho algo más grande que él. Un recién llegado de cualquier edad, hembra o varón, era una curiosidad impresionante en la pobre aldea miserable de San Petersburgo. Además, este muchacho iba bien vestido... bien vestido un día de entre semana. Esto era sencillamente asombroso. Su gorra era una cosa delicada, su chaqueta de paño azul bien ajustada era nueva y elegante, al igual que los pantalones. Llevaba zapatos... y eso que sólo era viernes. Incluso llevaba corbata, una cintilla de vivo color. Tenía un aire de gran ciudad que a Tom le roía las entrañas. Cuanto más contemplaba Tom aquella maravilla espléndida, más despreciaba su elegancia y más y más raída le parecía su propia ropa. Ni el uno ni el otro dijeron nada. Si uno se movía, el otro se movía... pero sólo de lado, en círculo; se observaban sin cesar, sin quitarse el ojo de encima. Por fin, Tom dijo:

—¡A que te doy una paliza!

—A ver si te atreves.





—Claro que puedo.

—Claro que no.

—Sí que puedo.

—Qué vas a poder.

—A que sí.

—A que no.

—Sí.

—No.

Una pausa desagradable. Luego Tom dijo:

—¿Cómo te llamas?

—Eso no es cosa tuya.

—Ya verás si lo es.

—Demuéstramelo.

—Como sigas así, lo haré.

—Eso, eso, eso. ¡A ver!

—Anda, te crees muy listo, ¿verdad? Soy capaz de darte una paliza con una mano atada, si me da la gana.

—Entonces, ¿por qué no lo haces, ya que lo *dices*?

—Sí que lo *haré*, si te metes conmigo.

—¿Ah, sí?... he visto a familias enteras en el mismo apuro.

—¡Listillo! Te crees *algo*, ¿verdad?... ¡Anda, vaya una gorra!

—Si te gusta, como si no. ¡Atrévete a quitármela! Y el que no se atreva es un gallina.



—¡Eres un mentiroso!

—Y tú más.

—Eres un mentiroso redomado y además un cobardica.

—¡Bah!... vete a paseo.

—Oye... como sigas en ese plan agarro una piedra y te la tiro a la cabeza.

—No me digas.

—Claro que sí.

—Entonces, ¿por qué no lo haces? ¿Por qué sigues *diciéndolo* y no lo haces? Es porque tienes miedo.

—No *tengo* miedo.

—Sí que lo tienes.

—Que no.

—Que sí.

Otra pausa, y seguían mirándose fijamente y dando vueltas. Al rato estaban hombro contra hombro. Tom dijo:

—¡Vete de aquí!

—¡Vete tú!

—No me iré.

—Ni *yo* tampoco.

Así se quedaron, bien apuntalados con una pierna hacia delante, empujándose con todas sus fuerzas, y mirándose con odio. Pero ni el uno ni el otro podía sacar ventaja. Después de forcejear hasta que los dos estuvieron sudorosos y enrojecidos, ambos fueron cediendo con muchas precauciones, y Tom dijo:

—Eres un cobarde y un renacuajo. Me voy a chivar a mi hermano mayor, que es capaz de aplastarte con el dedo meñique, ya verás como sí.

—¿A mí qué me importa tu hermano mayor? Yo tengo un hermano que es más grande que él... y además es capaz de tirarle por encima de esa valla.

(Ambos hermanos eran imaginarios.)

—Eso es mentira.

—Será porque *tú* lo digas.

Tom trazó una raya en el polvo con el dedo gordo del pie, y dijo:

—Atrévete a pasar de aquí y te doy una paliza que te dejo molido... ¡El que no se atreva es un cochino ladrón!

El muchacho recién llegado traspasó la raya al instante, y dijo:

—Ya que has dicho que lo harías, anda, atrévete a hacerlo.

—No me provoques y ándate con cuidado.

—Pues *dijiste* que lo harías... ¿Por qué no lo haces?



—¡Jolines! Por dos centavos ya *verás* si lo hago.

El chico forastero sacó del bolsillo dos grandes monedas de cobre y se las alargó con desdén. Tom las tiró al suelo de un golpe. Al instante los dos muchachos rodaban y daban vueltas por el polvo, agarrados como gatos, y durante el espacio de un minuto se tiraron del pelo y se rasgaron la ropa, se dieron puñetazos y se arañaron las narices, y se cubrieron de polvo y de gloria. Al cabo se despejó el panorama, y por entre la niebla de la batalla apareció Tom, sentado a horcajadas sobre el muchacho forastero, pegándole con los puños.

—¡Date por vencido! —dijo.

El muchacho sólo luchaba por soltarse. Estaba llorando... principalmente de rabia.

—¡Ríndete! —y seguían los golpes.

Por fin el forastero pudo emitir un ahogado «me rindo» y Tom le dejó levantarse, diciéndole:

—Así aprenderás. Mejor que de aquí en adelante tengas cuidado con quién te metes.

El muchacho forastero se alejó, sacudiéndose el polvo de la ropa, sollozando, sorbiéndose los mocos, y mirando de vez en cuando hacia atrás, meneando la cabeza y amenazando a Tom con lo que le iba a hacer «la próxima vez que lo encontrara». A esto Tom le replicaba con burlas, y empezaba a alejarse con aires



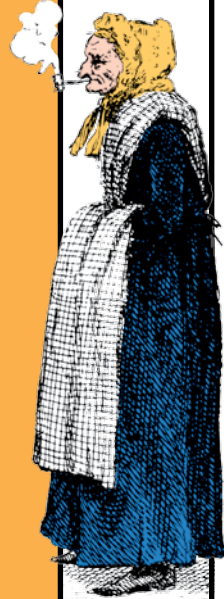
de gran triunfo; pero, en cuanto volvió la espalda, el forastero cogió una piedra, se la tiró, y le dio en mitad de la espalda. Luego el chico se dio la vuelta y salió corriendo como un gamo. Tom persiguió al traidor hasta su casa y de esta manera se enteró de dónde vivía. Luego tomó posiciones ante la puerta durante un buen rato, retando al enemigo a que saliera, pero el enemigo se limitó a hacerle muecas a través de la ventana y se negó a aceptar el reto. Por fin apareció la madre del enemigo y llamó a Tom niño malvado, perverso y vulgar, y le ordenó que se fuera. Así que se fue, pero diciendo que «juraba» que aquel muchacho «iba a pagárselas».

Llegó a casa bastante tarde aquella noche, y cuando trepaba con cuidado para entrar por la ventana cayó en una emboscada encarnada en la persona de su tía, y cuando ella vio el estado en que traía la ropa, su decisión de transformar el día libre de Tom, el sábado, en cautiverio y trabajos forzados, adquirió una firmeza diamantina.





Alguien ha dicho que *Las aventuras de Tom Sawyer* es, ante todo, un libro de memorias. Y, en efecto, el relato de las cosas que le pasan a Tom en esa pequeña ciudad a orillas del Misisipi bien puede ser una rememoración de la niñez de Twain. A través de los ojos de sus personajes, el autor nos ofrece la visión de una doble realidad: la del mundo infantil, primitivo, que el lector adulto ya ha perdido, y la del mundo adulto, confuso e ilógico, asentado en unas convenciones que no resultan ser preferibles en ningún aspecto a los códigos de valor del niño. Una novela que no olvidará ningún lector joven y que hará recordar y sonreír al adulto.



1541157

ISBN 978-84-698-2748-2

